

baile, de desterrarte para siempre de los espectáculos. Pues di públicamente, y dílo con toda resolucion, que no quieres jugar hasta tal tiempo; que has renunciado eficazmente y para siempre todo concurso, toda diversion peligrosa; que quieres servir á Dios con mayor edificacion y con mas fidelidad que lo has hecho hasta aqui: levanta la voz, y di con toda claridad, que quieres pensar seriamente en el negocio de tu eterna salvacion; y que estás resuelto á no perdonar á medio alguno para conseguirla: di, que no quieres tener otra regla para tu conducta que las máximas de Jesucristo, y los dictámenes del Evangelio. Todo pende de decirlo con brio y con resolucion; si muestras timidez, date por vencido. En materia de costumbres una vigorosa determinacion vale una victoria. Pero no te contentes con declarar el partido que has tomado; haz que tus obras prueben tu resolucion. El mundo solo persigue con sus zumbas, con sus frias bufonadas á los virtuosos tímidos y cobardes, á los que se avergüenzan de parecer lo que son; pero á los que públicamente hacen resuelta profesion de serlo los mira con respeto y con veneracion. Si temes responder franca y descubiertamente con aire libre y resuelto que vas á encomendarte á Dios, que vienes de la iglesia, esa necia cobardía, ese contemporizar fuera de tiempo prueban que la intencion no es la mas pura, que tu fe está muy tierna, que tu devocion es muy dudosa. Mirase esa media devocion como una especie de escena cómica, con que quieres divertir al público; y eso es lo que hace reír á unos, y pone de mal humor á otros. Y con efecto, si estás resuelto á servir á Dios sinceramente, ¿á qué propósito avergonzarte de una cosa que á todo el mundo honra tanto?

2 Es error persuadirse uno que seria vanidad declararse tan presto y tan descubiertamente por el partido de la virtud. Este es el maligno artificio de que ordinariamente se sirve el demonio para engañar á las personas que se convierten. Pero acuérdate, que es un excelente medio para perseverar en la virtud profesarla desde luego á cara descubierta. Este generoso, este ruidoso principio hace que las mismas armas del enemigo sirvan para combatirle: una vez que se abrazó públicamente el partido de la virtud, la honra, la razon, y hasta los mismos respetos humanos sirven de barrera para defenderse de la inconstancia. Tarde ó temprano se conoce el buen efecto de aquellos primeros pasos: despues de haber metido tanto ruido, seria mucha vergüenza volver atrás. ¡Dichosa necesidad! ¡dichoso fruto de aquella animosa declaracion!

3 ¿Quieres, pues, librate desde luego de los importunos

sobresaltos del amor propio, y de los artificiosos lazos del enemigo? Pues afecta, por decirlo así, dejarte ver en público con un vestido modesto, con una compostura, con unos modales, que ellos mismos estén publicando tu mudanza: muéstrate resuelto y determinado por todas tus respuestas prontas y precisas en punto de la virtud. Una de las mas piadosas y de las mas útiles declaraciones es ir á oír misa con modestia, y con devocion ejemplar en aquellas mismas horas, y á aquellas mismas iglesias donde antes te dejabas ver con tan poco respeto, y con tan ninguna reverencia. Algunos cristianos hay tan generosos, y tan santamente intrépidos, que de propósito comulgan algunas veces en la misa de los indevotos, de los perezosos, es decir, en la misa de once, ó doce, á que suelen concurrir los pisaverdes. Ciertamente que son muy debidos al público estos buenos ejemplos. Guárdate bien de detenerte un punto en confesar que vas á visitar al santísimo Sacramento, que vienes de hacer lo mismo con los pobres, etc. ¡Pues qué, se ha de hacer vanidad en el mundo de decir que se va, ó se viene de la comedia; y se habia de tener vergüenza de decir que se va á la iglesia, ó que se viene del hospital! Ten horror toda la vida de una timidez, de una cobardía tan indigna.

## DIA II.

## MARTIROLOGIO.

EL TRIUNFO DE LOS SANTOS MÁRTIRES MARCELINO, PRESBITERO, Y PEDRO, EXORCISTA, en Roma; los cuales desde la prision instruian á sus compañeros en la doctrina cristiana; y habiendo sufrido muchos y crueles tormentos en tiempo de Diocleciano, fueron degollados por sentencia del juez Sereno en un lugar que se llamaba Selva negra, el cual en honor de estos santos se llamó despues Selva blanca. Sus cuerpos fueron sepultados en una gruta junto á S. Tiburcio; y mas adelante S. Dámaso, papa, adornó su sepulcro con un epitafio en verso. (*Véase su historia en las de hoy.*)

SAN ERASMO, obispo y mártir, en Campaña; el cual en tiempo del emperador Diocleciano, primeramente fué azotado con cordeles empuñados, y cruelmente apaleado, y despues le bañaron con resina, azufre, plomo derretido, pez, cera, y aceite; de todo lo cual salió ileso. Maximiano tambien le hizo atormentar cruelmente en Formi ó Mola con diversos é inhumanos suplicios; mas Dios por un efecto del poder divino le conservó intacto, para que otros fuesen confirmados. Por último lo llamó el Señor, y murió santamente esclarecido con la gloria del martirio; su cuerpo fué despues trasladado á Gaeta. (*Véase su historia en las de hoy.*)

Asombró á los mismos paganos la alegría que el generoso mártir mostraba en los tormentos, sufriendolos con un semblante apacible, modesto y siempre risueño. Oíanle cantar de dia y de noche alabanzas al Señor en medio de su horrorosa prision, cargado de hierro, y estando su santo cuerpo hecho todo una llaga. Observó un dia que el carcelero, llamado Artemio, siempre que bajaba al calabozo se mostraba triste y lloroso, manifestando en el semblante la amargura que afligia su corazon. Preguntóle qué cosa era la que tanto le desconsolaba. Lloro (dijo Artemio) la desgracia de una hija mia, á quien amo tiernamente, y no hallo remedio ni alivio para sus males. Años ha que está poseida de un demonio que la atormenta horriblemente, obligándola á hacer espantosas contorsiones, y ahora mismo la dejo en tan lastimoso estado.

Pues si no te aflige otra cosa, respondió el Santo, fácil será consolarte. ¿Pero cómo? replicó el carcelero. Librando á tu hija de ese demonio, respondió S. Pedro. Eso es bien cierto, dijo Artemio; ¿pero qué hombre ni qué Dios será capaz de hacer ese milagro? Yo, respondió el santo exorcista, por virtud de mi Señor Jesucristo, único Dios verdadero, á quien adoro y á quien sirvo. Oyó con risa y con lástima esta respuesta el carcelero, y le replicó como haciendo burla: Segun eso, muy simple ó muy loco eres en no valerte del gran poder de ese tu Dios y Señor para librarte de las cadenas y del calabozo. Conozco lo mucho que vale este calabozo y estas cadenas, respondió el santo exorcista, y estoy muy léjos de desear verme libre de ellas; ni el grande amor que me tiene mi divino Salvador permitirá que yo me prive de tan preciosa corona. En los tormentos está toda la fortuna de los cristianos. Pues mira, le interrumpió Artemio, si quieres que yo crea en ese tu Dios, y en el gran poder que le supones, rompe por tí mismo las cadenas, abre el calabozo, penetra por medio del cuerpo de guardia que está á la puerta, y búscame esta noche en mi cuarto; y volviéndole las espaldas con un género de desprecio se retiró á su casa.

Apenas entró en ella cuando dijo á su mujer: *Vengo de visitar los presos, y dejo en el calabozo á un pobre mozo cristiano, á quien los tormentos y la prision han trastornado la cabeza; pero su locura es muy graciosa: dice, que por la virtud de Jesucristo, su Dios, libraré del demonio á nuestra hija Paulina. ¿Pero en eso qué locura hay, ni qué se va á aventurar en hacer la prueba?* respondió Cándida, que así se llamaba la mujer de Artemio. *La locura, replicó éste, consiste en que habiéndole pedido, en prueba de la virtud de su Dios, que viniese esta noche*

á buscarme en mi cuarto, el pobre mozo me lo prometió, aunque le doblé las prisiones y la guardia. Como él cumpla su palabra, respondió Cándida, será buena prueba de que no hay otro Dios verdadero mas que el suyo. Tan loca me parece que estás tú como lo está él, replicó Artemio; aunque Júpiter y todos nuestros dioses se empeñaran en librarle de las cadenas, y en sacarle del calabozo, no lo podrian conseguir. Ibase acalorando la conversacion, cuando S. Pedro, librado milagrosamente de las prisiones, se dejó ver en la puerta del cuarto, vestido de blanco, y con un Crucifijo en la mano. Quedaron atónitos Artemio y Cándida; vuelven en sí, arrójanse á sus pies, deshechos todos en lágrimas, y claman á voz en grito, que no hay otro Dios verdadero sino el Dios de los cristianos. Acude Paulina al ruido; arrodillase delante del Santo, y no pudiendo sufrir su presencia el demonio que la atormentaba, sale de su cuerpo rabiando y gritando: *O Pedro, la virtud de Jesucristo que está en tí me arroja de mi casa, y me obliga á dejar libre el cuerpo de esta doncella.*

Corrió luego la voz de tan estupenda maravilla; llenóse la casa de vecinos y de parientes, que siendo testigos de un hecho tan milagroso, preocupados de asombro y de admiracion, pidieron todos el bautismo. Inundado S. Pedro de un suavísimo consuelo á vista de tantas conversiones, salió luego á buscar al presbitero Marcelino, el cual habiéndolos explicado los principales misterios de la fe, y viéndolos á todos con la mejor disposicion, los administró el sacramento por que tanto suspiraban; y Artemio, no cabiendo dentro de sí por el gozo de verse ya cristiano, fué á las prisiones, ofreció la libertad á todos los que quisiesen bautizarse, y se la dió á todos los cristianos.

Por haber caido malo á la sazón el vicario Sereno, tuvieron tiempo y libertad S. Marcelino y S. Pedro para instruir por espacio de cincuenta dias á los nuevos cristianos, preparándolos y fortaleciéndolos para recibir la corona del martirio. Luego que el vicario convalació, llamó á Artemio, y le mandó hiciese venir delante de él á todos los prisioneros. Señor, respondió el alcaide, las prisiones están del todo vacías, porque Pedro, exorcista de los cristianos, rompió las cadenas de todos los que por vuestra orden estaban en los calabozos, y los abrió las puertas de la cárcel por la virtud omnipotente de Jesucristo; á vista de cuyo milagro todos abrazamos la fe, todos nos hicimos cristianos, recibiendo el santo bautismo, y solo el presbitero Marcelino, Pedro su exorcista y yo estamos á vuestra disposicion.

Salió fuera de sí el vicario con la respuesta de Artemio, y

mandó que allí mismo le despedazasen las carnes con unos ramales armados de bolillas de plomo, á cuyo tormento no pudiera sobrevivir sin particular milagro. Hizo despues venir á S. Marcelino en presencia de S. Pedro, y dijo á los dos: Disponeos para ser tratados de la misma suerte, despues de lo que acabais de ver ejecutar, si en este mismo punto no ofrecéis incienso á nuestros dioses inmortales, renunciando á ese vuestro Jesucristo. No permita Dios, respondió Marcelino, que cometamos jamás tan sacrílega impiedad; no hay mas que un solo Dios verdadero, y reconocer á otro por tal es la mayor de todas las locuras. Por la virtud poderosa de este Dios se hicieron pedazos las cadenas de los que teniais en la cárcel, y se abrieron las puertas de las prisiones; no quieras imputarnos á delito esta maravilla; antes bien reconoce por ella que no hay otro Dios que el Dios de los cristianos.

Ya no pudo contener mas la cólera Sereno; y haciendo que apaleasen cruelmente á Marcelino, cuando vió molido todo su cuerpo, ordenó que le condujesen á un tenebroso calabozo, y que allí le dejasen tendido en el suelo sobre cascotes de vidrio, sin agua y sin alimento, para que muriése á violencias del dolor y de la hambre. S. Pedro fué llevado á otra prision, donde le dejaron con fuertes grillos en los pies, y con todo el cuerpo atormentado. Pero la misma poderosa mano, que habia puesto en libertad á los otros santos confesores, libró tambien á nuestros invictos mártires. Aquella misma noche entró un ángel en el calabozo donde estaba Marcelino, y haciendo pedazos las cadenas, le ordenó que tomase sus vestidos; condújole á la prision del exorcista Pedro, libróle de los grillos, curólos á entrambos, y los llevó á la casa donde estaban los nuevos cristianos en oracion, y se mantuvieron algunos dias en su compañía, confirmándolos en la fe, y disponiéndolos para el martirio.

Cuando supo Sereno que Marcelino y Pedro habian desaparecido de la cárcel, descargó contra Artemio todo su furor. Mandó que él, Cándida su mujer, y Paulina su hija fuesen llevados al templo de Júpiter, y no queriendo ofrecerle sacrificio, sin dilacion fuesen enterrados vivos, cubriéndolos de piedras en una profunda hoya que se abrió á sus mismos pies, con cuyo tormento en breve tiempo consumaron su martirio. Cuando los conducian al suplicio, iban delante de ellos S. Marcelino y S. Pedro con otros muchos cristianos, acompañándolos como en triunfo; pero Dios premió luego su zelo y su fervor, porque volviéndolos á prender, fueron luego degollados por sentencia de Sereno.

Por temerse alguna sedición se ejecutó la sentencia á una legua fuera de Roma, en un paraje que entonces se llamaba el *bosque negro*, y despues en memoria de los santos mártires el *bosque blanco*, y recibieron la corona del martirio hácia el año de 304. Arrojaron sus santos cuerpos en una profunda sima, donde estuvieron ocultos hasta que los mismos mártires se los revelaron á una piadosa mujer, llamada Lucina, que los retiró de allí, y los dió decente sepultura.

En tiempo del emperador Ludovico Pio, por los años de 826, fueron trasladadas de Roma á Michelstad en Alemania, las reliquias de S. Marcelino y S. Pedro, y desde allí el año de 827 lo fueron segunda vez á Mulinhein, colocándolas en la abadía que hoy se llama de *Salgenstad*.

#### SAN ERASMO, LLAMADO VULGARMENTE SAN ELMO, MÁRTIR.

EL mismo dia hace la Iglesia conmemoracion de S. Erasmo. Nació en el Oriente, y por su gran virtud fué elevado á la dignidad de obispo hácia el fin del tercer siglo, siéndolo de una iglesia perteneciente al patriarcado de Antioquia. Como la cruel persecucion de Diocleciano desolaba todo el país, se retiró nuestro Santo á un desierto del monte Libano, donde hizo una vida tan pura, tan mortificada y tan ejemplar, que admiró á todo el país. Respetábanle hasta los mismos brutos, y muchas veces le vieron rodeado de fieras, que postradas á sus pies obedecian su voz. A su presencia huian los demonios de los cuerpos, y con su bendicion quedaban sanos los enfermos.

Volvió á Antioquia, donde convirtió á la fe gran número de gentiles, haciéndose su nombre tan famoso, que el emperador Diocleciano tuvo gana de verle. Quedó admirado cuando vió su compostura, su gravedad y su modestia, y no perdonó á diligencia alguna para ganarle. Pero desengañado de que perdía el tiempo, y advirtiendo que sus respuestas hacian impresion en el ánimo de los mismos paganos, mandó que le hiciesen sufrir todos los tormentos juntos. Ejecutóse el orden con rigor: fué primero apaleado, despues molido á golpes, en tercer lugar azotado con plomadas, que hicieron una sola llaga de todo su cuerpo; echaron sobre él resina, azufre, plomo derretido, pez, cera, y aceite hirviendo, sin recibir lesion alguna. Invocaba sin cesar los santos nombres de Jesus y de Maria en medio de los tormentos, y ellos le mitigaban el dolor, y le curaban las heridas. A esta maravilla se siguió un terremoto muy violento; y

movido el pueblo de tantos prodigios comenzó á gritar que se pusiese en libertad al santo obispo. Atemorizado el emperador, mandó que le llevasen á la cárcel, de donde le sacó milagrosamente un ángel, y le ordenó que se embarcase para Italia. Aportó á las costas de Nápoles, retiróse á Formiers donde hizo grandes conversiones, y obró grandes maravillas, con que se hizo célebre su nombre.

Noticioso el emperador Maximiano de los prodigios que obraba aquel extranjero, supo que era cristiano y obispo. Mandóle prender; y admirado de su zelo y de su constancia, y del ardiente deseo que tenia del martirio, hizo que le despedazasen las carnes con uñas de hierro: viéndole inflexible, mandó que le metiesen en una caldera de pez y aceite hirviendo, la que con la señal de la santa cruz se convirtió en un fresco y delicioso baño. Confuso el emperador viéndose vencido, dió orden de que le encerrasen en un lóbrego calabozo, con determinacion de hacerle padecer nuevos tormentos; pero aquella misma noche se le apareció S. Miguel, sacóle de la cárcel, y le trasladó á Formiers, ciudad marítima de la antigua Campania entre Gaeta y Minturno, donde hoy está Mola, en la Tierra de Labor. Anunció el Santo la fe á todos aquellos pueblos, fué su apóstol, y despues de muchos milagros y trabajos, lleno de dias y de merecimientos, subió al cielo á recibir la corona del martirio el día 2 de junio del año 303. Estuvo en Formiers el santo cuerpo hasta el siglo ix, que fué destruida la ciudad por los sarracenos, y por los años de 840 fué trasladado á Gaeta, donde se conserva hoy con mucha fe y con igual veneracion. Hiciéronle célebre en todas las partes del mundo los grandes prodigios que obra el Señor por la intercesion del Santo. Es el tercero de los quince patronos del Occidente; esto es, de los santos tutelares que se invocan en los mayores peligros; son en este orden: S. Jorge, S. Blas, san Erasmo, S. Pantaleon, S. Victo, S. Cristóbal, S. Dionisio, san Ciriaco, S. Acacio, S. Eustaquio, S. Gil, S. Magó, Sta. Margarita, Sta. Catalina y Sta. Bárbara.

De muy antiguo llamaban los marineros SANTEMOS á los fuegos que al fin de la tempestad suelen verse en las antenas ó en el mástil de los navios, derivándose esta palabra y otras que con ella se dan la mano, de S. ERMÓ, ó SANT-ELMO, nombre corrompido ó á lo menos abreviado por los marineros italianos, de quienes S. Erasmo es singularmente invocado en las tempestades y peligros del mar. En efecto á este Santo y no á nuestro S. Pedro Gonzalez aplican algunos críticos el nombre de S. ELMO, diciendo que de Italia vino su invocacion con los marineros y cons-

tractores de galeras que de Pisa y Génova fueron llamados á Galicia por D. Gelmirez, arzobispo de Santiago, y acaso á algunos otros puertos; y que luego despues experimentando los marineros la singular proteccion de S. Pedro Gonzalez en las tormentas, es verosímil que aplicasen á éste el nombre de S. TELMO que los italianos daban á S. Erasmo su protector; de suerte que en nuestros mares no se conoce otro S. Telmo mas que S. Pedro Gonzalez, de cuya invocacion hablamos en su vida en el mes de abril, dia 14<sup>a</sup>, pág. 226.

#### EL BEATO JUAN DE ORTEGA, CONFESOR.

EL beato Juan de Ortega, llamado así por el sitio donde hizo su prodigiosa vida, nació en el año 1080 en una pequeña aldea del arzobispado de Burgos, dicha Quintana de Ortuño, á la que resultó una gloria inmortal por haber sido patria de un héroe tan ilustre. Fueron sus padres Vela Velazquez, y doña Eufemia, ambos muy distinguidos en el país por su notoria piedad; los cuales vivieron muchos años sin sucesion en su pacífico matrimonio: recurrieron al cielo con fervorosas oraciones y con religiosos votos, valiéndose de la poderosa intercesion de la santísima Virgen; y habiendo sido oidas sus reverentes súplicas, les concedió el Señor á Juan, sobre quien derramó sus mas dulces bendiciones con mano liberalísima. No se tardó mucho tiempo en manifestar el niño las gracias con que se hallaba favorecido, pues su inclinacion á la virtud, su amor para con Dios, y su caridad para con los pobres, aun en edad poco sensible de la miseria, dieron á conocer desde luego, que su dichosa alma se dirigia por las inspiraciones del Espíritu Santo.

Aplicáronle sus padres á la carrera de las letras, y como se hallaba dotado de unos talentos estraordinarios, hizo grandes progresos así en las ciencias como en la virtud. Hizo el mundo cuanto pudo para atraer á su partido á un jóven que descollaba sobre todos sus contemporáneos; pero como á Juan le sobraba entendimiento para conocer las engañosas esperanzas con que le lisonjeaba el siglo, aspirando á otra fortuna mas sólida, abrazó el estado eclesiástico, con el noble objeto de dedicarse enteramente al servicio del Señor, y de ser útil á la Iglesia. Ascendió por los grados prescriptos en los sagrados cánones á la dignidad del sacerdocio, y luego se distinguió en el nuevo ministerio por la arreglada circunspeccion de sus costumbres, por su singular piedad, y por su grande sabiduría; pero pareciéndole que podia ser tibieza en un sacerdote, lo que era devocion

en un seglar, se entregó á la oracion, al retiro y al estudio.

Murió Alfonso VI, rey de Castilla, y estando casado con su hija Urraca Alfonso, rey de Aragon y de Navarra, llamado el Guerrerador, queriendo éste sujetar á su dominio á Castilla, se suscitaron con este motivo grandes conmociones entre los aragoneses y los castellanos. Parecióle á Juan que en aquella situacion no podia continuar el tenor de vida que se propuso seguir, ni menos conservar su patrimonio entre los tumultos de la guerra; y para conseguir con él el reino del cielo, distribuyó todos sus cuantiosos bienes en los pobres de Jesucristo, reservando para sí solo lo preciso. No contento con una accion tan generosa, determinó visitar personalmente los santos lugares de Jerusalem, donde se obraron los misterios de nuestra reparacion; y queriendo imitar en la peregrinacion á los verdaderos pobres, espendió en el camino entre los necesitados la corta porcion que reservó para su sustento. Llegó á la capital de Palestina despues de muchos trabajos, y con la vista de aquellos preciosos monumentos de nuestra dicha se renovaron en el corazon de Juan los afectos del mas tierno amor para con el Redentor del mundo, á los que se siguieron inmediatamente el tedio y el disgusto de todos los bienes de la tierra. Mantúvose algun tiempo regando con sus lágrimas los venerables lugares que santificó Jesucristo con su real presencia; y pareciéndole que las cosas de España estarian ya sosegadas, resolvió volver á su patria. Embarcóse con una multitud de peregrinos, y levantándose una tempestad furiosa, se espusieron todos en el mas inminente peligro de naufragar. Imploró Juan en aquel conflicto á la divina misericordia, y valiéndose de la proteccion de S. Nicolás, de quien traia reliquia con otras muchas, prometió construir en honor suyo una iglesia cuando se librase del peligro. Sucedió una calma apacible á la deshecha tempestad, y agradecido el siervo de Dios al beneficio de su protector, solo deseaba ocasion de cumplir el voto que le habia ofrecido.

Cuando llegó Juan á España halló las mismas turbaciones que al tiempo de su partida; y conociendo que en su patria no podía dedicarse con tranquilidad á los santos ejercicios en que deseaba, resolvió retirarse á la soledad de algun desierto. Escogió para este fin un campo alto y despoblado que está á la falda del monte Idubeda, llamada hoy *de Oca* por la antigua ciudad del mismo nombre, que era la capital de aquella tierra. Caia este desierto en el camino de Santiago, llamado *Ortega* ú *Ortiga* por las malezas y espesuras de ortigas y de otras malas yerbas que habia en él, donde se refugiaban muchos salteadores de caminos al abri-